

Francisco José Chaux

Por CARLOS VILLALBA BUSTILLO

Según la crónica hablada de Popayán, transmitida de generación en generación, dos individuos de apellido Chaux, Louis y Francois, llegaron con D. Sebastián de Belalcázar a fundar la ciudad. No aparece prueba documental conocida de aquella misión. Sí la hubo, en cambio, de que Pedro Chaux, posiblemente hijo de Louis, fue nombrado, en 1579, Procurador del Cabildo.

Pedro Chaux fue el primer antepasado de Francisco José Chaux que tuvo figuración política 44 años después de la fundación de Popayán y, desde entonces, la estirpe ha contado con puntales notables en la administración pública, el comercio, la minería, la medicina, las guerras civiles, el Parlamento, la diplomacia y la vida social del Gran Cauca y Colombia.

Al conmemorarse el centenario de la Independencia Nacional, Francisco José Chaux tenía 21 años, o sea, que perteneció a la generación reconocida con ese nombre, la cual suscitó conceptos contradictorios entre los políticos, los periodistas y los historiadores de la época. Una generación que no pasó inadvertida por lo bueno y lo malo que sus integrantes hicieron. Comenzó a madurar Chaux, pues, en pleno auge del Canapé Republicano, una coalición política entre liberales y conservadores que se constituyó con el fin de rescatar nuestra democracia de su temporal receso bajo la dictadura de Reyes.

Los conservadores reanudaron con la elección de José Vicente Concha, en 1914, su itinerario hegemónico, pero, perpetrado el asesinato del general Rafael Uribe, el liberalismo empezó a pensar en la confrontación partidista de ideas y programas con un candidato de sus filas. A despecho de esa intención que se dificultó por ocho años, los conservadores repitieron Presidencia con Suárez en 1918 y el liberalismo concentró en las manos de su jefe más respetado, el general Benjamín Herrera, la conducción de sus huestes, con el propósito, además, de abrirle espacio a una candidatura suya para el periodo 1922-1926. Las cicatrices de veintiocho años de desierto urgían la búsqueda de una victoria posible, dentro del ambiente tranquilo que derivó de la paz pactada en el Wisconsin y Neerlandia.

Estimuló a los liberales a jugarse el futuro con candidato propio en 1922 la caída del presidente Suárez. Un hecho que resaltó su honradez (vendió su sueldo

habiendo podido aprovecharse de los caudales públicos) sirvió para que Laureano Gómez lo imprecara como un jerarca indigno de la personería política de sus compatriotas. Fue un debate implacable, pero no alcanzó a dividir de modo fatal al conservatismo por la oportunidad con que Suárez dimitió y por haberlo sucedido don Jorge Holguín, que era el político más hábil del Partido Conservador.

Sin que se redujera el abanico de sus matices, el liberalismo estaba cohesionado y sus dirigentes seguros de que en la adversidad la unión era prioritaria, indispensable, fundamental. Requería, empero, demostrar que la unidad de sus cuadros y la existencia de sus matices no eran ángulos antagónicos, sino elementos complementarios de su vigor ideológico y su necesidad de disciplina. Por lo mismo, la Convención de Ibagué, realizada entre el 29 de marzo y el 3 de abril de 1922, fue el escenario ideal para planear la lucha que suponía el afán por la reconquista del mando.

El amargo sabor que tuvo el fraude electoral de 1922 rebotó la copa de la tolerancia liberal, pero contribuyó al aglutinamiento del partido en la jornada del teatro Torres de la capital tolimense, donde los viejos caudillos de la guerra y dos generaciones de civilistas decididos a rectificar errores, analizaron acontecimientos novedosos de la situación política, los rezagos de la economía, el crecimiento de la deuda externa y el cambio de rumbo en la instrucción pública y la educación superior. Había que herir de muerte un confesionalismo educativo que asfixiaba el horizonte formativo de la juventud, creando una universidad en la cual la cátedra fuera libre y laica la enseñanza. Era vivificante el espectáculo que identificó en todos los temas de discusión a los generales Pablo Emilio Bustamante, Cuberos Niño y Justo L. Durán con los jóvenes doctores Eduardo Santos, Francisco José Chaux, Ricardo Uribe Escobar y Pedro Juan Navarro, entre otros. Un liberalismo nuevo y arisco salió de Ibagué para el resto de Colombia. Los discursos de Simón Bossa Pereira, quien presidió e instaló la convención, y Francisco José Chaux, quien la clausuró por petición especial del general, pintaron, el uno, la realidad política del momento, y el otro, la visión del futuro que enfrentaría el país como corolario del adormilamiento que el partido gobernante le imprimió a la actividad del Estado.

Tanto como las directrices de Herrera, los acuerdos reguladores de la etapa que iniciaba el partido y su estatuto orgánico, las palabras de Bossa y Chaux marcaron un derrotero. De Bossa no fue extraño su escogimiento para dirigir la convención, porque era un veterano con muchas campanillas, pero de Chaux, que no llegaba a los 33 años, no pocos convencionistas creyeron que se trató de un capricho del general Herrera para señalar un delfín. No hubo tal. Bajo la batuta de Chaux, el Cauca fue el departamento donde la mayoría obtenida por el candidato liberal en las elecciones presidenciales de febrero de ese año resultó rotunda. Y había que estimular al esforzado conductor que, junto con Carlos

Villamil y Abraham Montezuma, sorprendió al país con un capital electoral tan evidente y limpio.

El Congreso fue su hábitat político, y allí coincidió, al finalizar la década de los años veinte, con los primeros valores de la generación de *Los Nuevos* que pisaron el capitolio como parlamentarios, entre ellos Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán. Llevaba proyectos importantes para fomentar el desarrollo agropecuario en las regiones más deprimidas, metía baza en los pormenores de la política internacional y mantenía al Cauca conectado con la Dirección Nacional del liberalismo, aun cuando él no formara parte de su nómina. Olaya, López y Santos –los tres grandes de la segunda república liberal– no prescindieron de Chaux, de sus sugerencias y de su acción, en adelante.

El ocaso conservador fue visible desde la posesión del doctor Abadía. Se respiraba en el ambiente, se sentía en las calles, se comentaba en las tertulias, se ventilaba en la prensa, volaba de boca en boca en el Congreso, los cafetines de la Calle Real de Bogotá y hasta en las veredas de Cundinamarca y Nariño. Las murmuraciones sobre el presidente cuando lo veían regresar a Palacio, a pie, después de dictar su clase de Derecho Constitucional, eran mordaces, incluidas las de sus copartidarios. El pugilato entre Vázquez Cobo y Valencia avanzaba lenta pero inexorablemente hacia la división irreconciliable. Las protestas estudiantiles arreciaban y un muerto y varios heridos, en un frío mes de junio de 1929, sonaron el campanazo de la crisis que hervía sin que la autoridad pudiera aplacar la calentura. La irritación popular crecía, segundo a segundo, ante la inercia del régimen moribundo.

Agudizada la crisis, Alfonso López presentó en la convención liberal de 1929 una proposición con la que el partido se comprometió a proclamar un candidato que compitiera con el candidato del conservatismo. La proposición fue escueta pero clara. El nombre se discutiría y la campaña se adelantaría en un clima de unidad, sin tiempo que perder. Lo importante era el pronunciamiento de la convención para que las masas lo supieran y se prepararan a votar por la solución liberal. Fue el primer gran acto de jefe de López, en la oportunidad en que su olfato lo guio hacia el acierto.

López, Santos, Turbay (Gabriel) y Chaux iniciaron el examen de los nombres y la valoración de las condiciones políticas. Pasaban los días y febrero de 1930, el mes de las elecciones, se acercaba. De todos los liberales presidenciables el más curtido era Enrique Olaya Herrera: dos veces canciller, parlamentario de primera línea y a la sazón Ministro Plenipotenciario en Washington. Chaux comprendió que esa era la alternativa y en declaraciones para *El Tiempo* del 6 de diciembre soltó el nombre del *Mono*. Santos citó de inmediato a una reunión en su oficina y propuso que se le consultara a Olaya su postulación. Resolvieron ponerle un cable. Lo suscribieron Eduardo Santos, Francisco José Chaux, Gabriel Turbay y Roberto Botero Saldarriaga. Olaya contestó descartando la candidatura de

partido. No era sensato, a su juicio, prescindir de otros concursos como el de los republicanos y los conservadores decepcionados por la división entre vazquistas y valencistas.

López, sin demora, le envió un telegrama irónico a Chaux diciéndole que Olaya se había corrido y preguntándole qué se le ocurría ahora. Chaux le respondió que el liberalismo del Cauca estaba “incomoviblemente decidido por la candidatura de Olaya y que toda vacilación sería inexplicable. Ahora o nunca”. Otro acto de jefe.

Santos no consideró procedente obligar a alguien a aceptar una candidatura en términos distintos a los que formulaba en su cable, pero fue cauto en el editorial titulado *Sin novedad en el frente*, al tiempo que don Luis Cano, en *El Espectador*, al examinar el mensaje de Olaya, sentenció optimista: “Intuimos que Olaya no quiere ser candidato sino presidente”. Motivado por los conceptos de Chaux y Cano, el ex presidente Carlos E. Restrepo saltó a la palestra y, desafiando la ira de sus copartidarios, adhirió a la candidatura de su antiguo aliado liberal y ex canciller suyo, desde Medellín. Al lacónico cable de Restrepo respondió Olaya con dos largas parrafadas el mismo día. Uno de los peces gordos del conservatismo había mordido el anzuelo de la Concentración Patriótica. Mermaría el pesimismo de unos liberales y aumentaría el optimismo de otros como Chaux y Cano, que captaron la estrategia de un candidato para quien la sola división conservadora no garantizaba un triunfo exclusivamente liberal. Chaux se regodeó la noche en la cual recibió el cable de Olaya en que le anunciaba, desde la capital estadounidense, que se embarcaba para Colombia en cuestión de horas.

Olaya llegó, en efecto, y adelantó una gira con varias manifestaciones multitudinarias sin comprometerse ni salirse de su tesis. El peligro de que la unión se rompiera aumentaba y López callaba, excepto cuando comentaba, en los coloquios con el resto de la comitiva, que no había que temer a los riesgos de una candidatura de partido, y que Olaya se equivocaba. Al fin los encerraron una noche, sin que lo esperara ninguno de los dos, como un impulso desesperado, hasta las tres de la madrugada. Salió humo blanco a las cinco horas de palique. El poder persuasivo de Olaya y el realismo del López que escuchaba y calibraba los razonamientos ajenos engarzaron en bien del liberalismo y del país. Allí mismo intercambiaron cartas y surgió la candidatura de coalición.

Desde la capital de Antioquia, Olaya, que estuvo al tanto de las incidencias del proceso que lo llevó a la Presidencia, telegrafió a Chaux a Popayán, con fecha 23 de enero de 1930, en los siguientes términos: “He estado recordando durante esta campaña su siempre generosa amistad y la participación tan importante tomada por usted en la iniciación de este movimiento. Abrázolo. Enrique Olaya Herrera”. Fue la forma de agradecer al amigo el lanzamiento de su nombre como candidato. Publicado por la prensa nacional, el telegrama causó alborozo en el Cauca y el

liberalismo del Departamento le otorgó la tarjeta de oro consagrándolo como el “iniciador y organizador de la victoria electoral del 9 de febrero de 1930”.

Elegido y posesionado, Olaya designó a Chaux ministro de Industrias y Trabajo en compañía de Carlos E. Restrepo, en Gobierno; Eduardo Santos, en Relaciones Exteriores; Abel Carbonell, en Educación; Agustín Morales, en Guerra; Francisco de Paula Pérez, en Hacienda; Fabio Lozano Torrijos, en Obras Públicas, y Tulio Enrique Tascón, en Correos y Telégrafos.

Santos y Chaux, que fueron los dos primeros firmantes del cable proclamatorio, no podían quedar por fuera del Gobierno y, ambos, jugaron un papel preponderante en la realización del programa del presidente, porque tanto la política exterior como la industria, el comercio, la agricultura, la ganadería, la minería y las relaciones obrero patronales, se activarían pasados los traumas de la economía mundial. Tan ponderosa era la tarea de Chaux, que las materias de su despacho se fraccionarían, con el correr del tiempo, en cuatro ministerios nuevos: Agricultura, Fomento, Minas y Petróleos, y Trabajo. El café y el petróleo, en particular, tendrían un futuro auspicioso por la demanda externa gracias a la calidad del grano y por las reservas de crudo de un subsuelo apetecido por los inversionistas extranjeros. Era necesario retener la mano de obra campesina que ansiaba desplazarse hacia las ciudades en busca de empleo urbano, sobre todo en obras públicas, y formalizar con los petroleros compromisos que convinieran por parejo a ellos y al Estado.

La repercusión que tuvo en Estados Unidos y en Europa la asociación de Henry Deterding con el gobierno venezolano para extraer y explotar los crudos, que fue un desafío para la poderosa cuarteta de la Standar Oil (Rockefeller, Rogers, Flager y Clarke), produjo la sensación de que el vecino más próximo contaba también con ricos pozos de hidrocarburos en la zona oriental de su territorio y en sus llanos, cuya exploración requería contrataciones que se sumaran a las concesiones otorgadas antes y mejoras en las cláusulas de éstas. Por eso se firmó el contrato Chaux-Folson.

Con perspectivas tan halagüeñas, Norte de Santander y el Catatumbo se desarrollarían y colmarían al país de recursos para superar sus déficits, y crear organismos que pudieran invertir o suministrar créditos en otros sectores de la economía. Olaya y Chaux, con la bendición de Esteban Jaramillo, que había asumido la cartera de Hacienda, juzgaron propicio el momento para virar del librecambio a la protección. Los aranceles serían el escudo de una Nación pastoril que se asomaba a la industrialización.

Por otra parte, la estructura agraria del país poco había cambiado desde la colonia. Si cambiaba era para que los hacendados y terratenientes prescribieran baldíos o despojaran, con la complicidad de los poderosos, a los pequeños propietarios y a los indígenas. Fue protuberante la pugnacidad entre las clases

adineradas y las pobres del campo. Pensar en un cambio que equilibrara el número de propietarios con las extensiones poseídas era un sacrilegio de lesa oligarquía. Chaux, como buen liberal, entendía que no era imposible lograr la equidad sin usurpar fundos o expropiarlos sin la consiguiente indemnización, en el evento de que fuesen declarados de utilidad pública. Era laudable su convicción porque se dolía de los avatares y sufrimientos de los parceleros y arrendatarios de los minifundios caucanos, y atendía los reclamos de los guambianos, yanaconas y paeces que poblaban los municipios desposeídos de su Departamento.

Pasó Chaux de su esbozo a la acción. Integró una comisión paritaria con los doctores Esteban Jaramillo, ministro de Hacienda, Luis Felipe Latorre, Guillermo Amaya Ramírez, Rafael Escallón, Enrique Casas y Jorge Eliécer Gaitán. La presidía Chaux como ministro de Industrias y Trabajo, y su finalidad era discutir el borrador de un proyecto redactado por Víctor Aragón para darle un remezón a la propiedad rural y a su función social dentro del conjunto de la economía. Un campo con baja productividad, dijo Chaux al instalarla, nos forzarán a depender de la importación masiva de alimentos y nuestros suelos son fértiles por la variedad climática y el régimen de lluvias con que contamos. Tenía razón: sin financiación, sin incentivos y sin propietarios –grandes, medianos y pequeños– que produjeran café, arroz, algodón, maíz, cacao, papas, etc., la economía se vendría a pique.

La comisión debatió el proyecto, lo modificó y lo puso en manos del ministro Chaux, quien lo llevó al Congreso. Por dificultades de trámite, su aprobación se dilató. Pacientemente, el ministro trató de sortear los estorbos, sin buena fortuna, durante las legislaturas de 1932 y 1933. Recordemos que había sólo una legislatura ordinaria al año, desde el 20 de julio hasta mediados de diciembre, sin mencionar otros ingredientes –la misma crisis, la guerra con el Perú– que no influyeron menos que los palos en la rueda atravesados por los latifundistas a la aprobación del texto definitivo, por intermedio de parlamentarios que defendían sus intereses. El gobierno de Olaya terminó, y el presidente y su ministro no vieron culminado su sueño de quebrar una estructura desequilibrada e injusta.

Pero la Administración López retomó la iniciativa con mejor suceso, hasta el punto de que, al sancionarse la que se conoció como ley 200 de 1936, apareció una figura jurídica nueva en la nueva norma: la prescripción extintiva de dominio sobre las tierras ociosas. Lo que no se pudo avanzar en el período de López menos se consideró en el de Santos, ni en el segundo de López, y menos en los gobiernos conservadores de Ospina, Gómez y Rojas Pinilla. Se desperdició la coyuntura que una disposición legal progresista y moderna brindó para que nuestro sistema democrático fuera consecuente con núcleos de población olvidados por los partidos y sus gobernantes.

Durante el proceso de aclimatación del proyecto, los latifundistas intentaron pasarle factura de cobro a Chaux por la audacia de ponerles un petardo legislativo a sus robustos patrimonios. El político más caracterizado de la derecha colombiana, el senador Laureano Gómez, vocero irreductible de la fronda económica nacional, adelantó un debate con la teatralidad con que solía emponzoñar, en tono de escándalo, las cuentas bancarias de los ministros. Acusó a Chaux de traficante de influencias por haberle solicitado a la Caja Colombiana de Ahorros un crédito para cancelar otro crédito vencido en el Banco Agrícola Hipotecario. La operación no estiraba ni para sorprender idiotas con el estrépito que se pretendía, pues no hubo el menor indicio de un negocio lucrativo con una suma tan irrisoria (seis mil pesos), ni rastro de que el solicitante hubiera forzado al gerente de la entidad a nada irregular. Fue una transacción exacta a muchas otras que se autorizaron el mismo día para otros ciudadanos comunes y corrientes. Por eso fue por lo que, en la moderada y meticulosa defensa de Chaux, el Congreso observó la explicación correcta de un acto correcto. No corrió Laureano, al escoger su nueva víctima, con igual suerte a la que tuvo en su arremetida contra Suárez, ni en su reciente tropel de ridiculizaciones contra los conservadores colaboracionistas capitaneados por Román Gómez. Chaux continuó por dos años más en el Ministerio.

En períodos sucesivos, Chaux volvió al Congreso como senador por el Cauca, hasta 1946. En 1945, como presidente del Senado, le dio posesión a Alberto Lleras de la Presidencia de la República. Pero simultáneamente con sus cuatrienios senatoriales fue embajador en varias ocasiones: dos veces en Ecuador, dos en Venezuela, otra en Chile y otra en el Perú, es decir, seis misiones diplomáticas en cuatro países diferentes. López, Santos, los dos Lleras y Guillermo León Valencia fueron sus nominadores, y su experiencia como profesor de Derecho Internacional le resultó útil al intervenir en la suscripción de la Carta de Quito, en la elaboración del tratado de materias primas y productos básicos aprobado en la XI Conferencia Panamericana y en el acuerdo de integración por medio del cual se perfeccionó la constitución de la Flota Mercante Grancolombiana.

En los primeros y traumáticos años de la década de los cincuenta, siendo presidente encargado Roberto Urdaneta, los liberales barajaron nombres para el debate presidencial de 1954: Darío Echandía, otra vez Arango Vélez, Lleras Restrepo, Alberto Jaramillo Sánchez, Francisco José Chaux y Alberto Pumarejo. La reasunción de Gómez y el llamado a calificar servicios de Rojas Pinilla, el 13 de junio de 1953, culminaron en el golpe de Estado de esa fecha. No hubo elecciones en 1954. Caído Rojas, Chaux fue protagonista muy activo de las actividades que los dirigentes de ambos partidos desplegaron para restablecer la normalidad democrática. Rehusó volver al Congreso, pero volvió al servicio exterior. El heredero de su capital político fue su sobrino Víctor Mosquera Chaux, elegido representante a la Cámara en 1958.

En los hombres públicos eminentes el prestigio político absorbe otras de sus virtudes intelectuales. En Chaux, el jefe opacó al escritor. Poco se supo de sus *Apuntes históricos*, de su *Grandeza y abolengo de los libertadores*, de sus *Recuerdos del triunfo liberal de 1930* y de la compilación de sus *Discursos*. Casos excepcionales como los de Alberto Lleras, Gilberto Alzate Avendaño, Armando Solano, José Mar, Jorge Zalamea y Jaime Barrera Parra, para citar apenas media docena de los más galanos, rompieron el molde y equipararon las dos vocaciones.

Pasó Chaux sus últimos años en Popayán, dedicado a las lecturas aplazadas por la agitación política o los dorados exilios de la diplomacia, y evocando nostálgico la historia grande que los sabios, los militares y los políticos de su Departamento enaltecieron con la ciencia, la espada y la inteligencia de los servidores ilustres. Murió tranquilo y contento, a los 87 años, de haberlo representado con dignidad en las grandes dignidades del Estado.